

CAMBIO DE ESTRUCTURAS E INTERVENCION ESTATAL

V. A. Amigó

Posiciones básicas ante las actuales estructuras

La actual estructura socio-económica de América Latina no funciona bien. Para probarlo bastaría con citar algunas cifras, pero son demasiado conocidas. Se culpa a veces a la deficiente educación popular de los pésimos resultados económicos. Es cierto. Pero esa educación pésima se llevó a cabo dentro de esa misma organización social que no fue capaz de superarla. Y así volvemos a la conclusión inicial: las actuales estructuras no funcionan.

Frente a esta realidad se plantean tres posiciones: el cambio pacífico, que propugna la democracia cristiana, o el cambio violento y el no cambio que defienden los comunistas y los sectores económicos más tradicionales. Estas dos últimas actitudes se agrupan porque se inspiran en los mismos principios, el materialismo filosófico, y logran los mismos resultados negativos para el orden social y el progreso económico. Existen posiciones intermedias, pero éstas son las tres actitudes básicas.

Diferentes objetivos de la democracia cristiana y del comunismo

La meta del movimiento social-cristiano va dirigida a desmontar la maquinaria de la estructura económica actual en aquellos países de economía semi-feudal o semi-capitalista. Esta es también la meta del comunismo. Este objetivo es irrenunciable para el comunismo porque las oligarquías económicas desafían su aspiración al poder absolutista. Luego no hay otra solución que liquidar ese poder rival. Para el social-cristianismo también es ésta una meta irrenunciable, aunque por razones bien diferentes. La concentración excesiva de riquezas, afirman los social-cristianos, es contraria al orden querido por Dios para la sociedad. La meta en este caso no es el poder totalitario, sino alcanzar un orden social más justo.

El comunismo aspira a la concentración de más poder económico en el Estado, mediante la sustitución de la antigua oligarquía burguesa por una nueva oligarquía de burócratas y técnicos. Es un proceso totalitario. La democracia cristiana aspira a la diversificación del poder económico entre todos los sectores sociales, sustituyendo pocos grandes propietarios por muchos pequeños propietarios. Es un proceso de democratización. Por eso el camino del comunismo conduce a la dictadura más férrea y el del social-cristianismo a la democracia auténtica. Consecuentemente, el cambio de tales estructuras es un peligro en manos de políticos que no tengan una idea correcta de cuál es la función del

Estado en la sociedad, y puede ser algo sumamente positivo si quienes detentan el poder público saben de antemano que el Estado no es un fin en sí mismo, sino un medio para promover el bien de la comunidad.

La oposición al cambio acelera la revolución

Queda la tercera posición, que es opuesta a todo cambio estructural. Esta actitud es la de consecuencias más revolucionarias si se entiende la revolución como "un cambio violento" del orden social actual; porque la continuada concentración del producto social en pocas manos produce las condiciones necesarias para que se abran los caminos de la violencia, impulsada por un sentimiento mixto de justicia y de venganza que los demagogos utilizan en propio beneficio. Esta es precisamente la carta que se juegan los comunistas. Los que defienden esta tercera posición caen en la contradicción de acelerar su propio fin porque la desigualdad de oportunidades en lo social y el subdesarrollo en lo económico son los mejores aliados del comunismo. Sólo la acción social del Estado y de otros sectores logra aplazar ese fin.

Pero el cambio tiene un peligro...

El cambio de la actual organización socio-económica es necesario para lograr una mayor estabilidad social. Sería, sin embargo, irresponsable no señalar el peligro que ese cambio tiene y cómo puede superarse este peligro.

Peró antes conviene presentar en forma objetiva la distribución actual del poder social en la sociedad latinoamericana, pues todo cambio implica un cambio también en este poder. El Estado, la Iglesia, la oligarquía económica y el ejército se reparten el poder social en América Latina. Sin embargo, el poder de la Iglesia es más de orden moral y el poder militar, o es fiel al poder civil y se confunde con el del Estado, o actúa por cuenta propia y entonces es un simple poder físico cuya actuación es urgente. En consecuencia, podemos concluir diciendo que, en la práctica, el poder social en América Latina está distribuido, en la vida diaria

de nuestras sociedades, principalmente entre el Estado y los grupos económicos tradicionales. Son estas dos fuerzas las que, al oponerse, mantienen un cierto equilibrio en el poder social que genera una forma de convivencia muy distante de la verdadera paz social.

...porque el comunismo es una de las alternativas

La mayoría de las sociedades latinoamericanas se enfrentan, más tarde o más temprano, al dilema de socialcristianismo o comunismo. Son éstas las dos únicas fuerzas ideológicas que existen hoy en el mundo, y ese enfrentamiento es inevitable. Habrá otros Chiles... Pero el hecho de que el comunismo sea una de las alternativas hace que el necesario cambio de estructuras tenga que ser manejado con gran habilidad. Veamos por qué.

...y porque no existen organismos intermedios fuertes

Nuestra actual organización política, hija del liberalismo, ha liquidado todas las sociedades o grupos humanos intermedios entre el Estado y la persona humana que ha quedado así indefensa. La vía hacia el totalitarismo queda abierta. Algunas organizaciones intermedias existen, pero con una existencia que unas veces es nominal y otras depende de un partido político, o sea, del mismo Estado. O carecen de vitalidad o carecen de independencia. No tienen fuerza para defender al hombre y sus derechos fundamentales frente al aparato estatal que crece excesivamente. Sólo existen los grupos económicos para rivalizar con el poder total. Destruir la inoperante organización económica actual sin tener la seguridad de que el poder del Estado será ejercido por políticos conscientes de la verdadera función de éste, bien puede resultar un salto en el vacío. Otra cosa sería si existieran organizaciones intermedias, políticas, profesionales, económicas, etc., con influencia suficiente para ocupar el vacío del poder, que indiscutiblemente concentra hoy la llamada oligarquía, y mantener así un adecuado balance entre las fuerzas sociales. Esto no niega la necesidad del cambio que es urgente,

pero sí advierte sobre peligros reales frente a quienes defienden el cambio por el cambio mismo.

Dos tácticas y una sola meta

La liquidación de la estructura económica actual el comunismo no la lleva a cabo de la misma manera en todas partes, aunque en todas partes la lleva a cabo como condición necesaria para su ascenso al poder totalitario. Cuando estalla la violencia el control de la economía es más rápido, pues se usa la vía "del despojo" en nombre del nuevo orden implantado. El caso cubano ilustra este primer sistema. En menos de dos años el Estado eliminó a su rival y asumió el poder total, convirtiéndose en el gran empresario nacional.

Pero otras veces ese control se toma en una forma "progresiva", a medida que las circunstancias lo van permitiendo, con el fin deliberado de asumir algún día el control total. Esta "toma progresiva del poder económico", muchas veces la facilitan los propios sectores oligárquicos mediante un proceso del cual apenas si tienen conciencia. Limitados los objetivos de este sector al interés particular de cada una de sus empresas, olvidan que la gran empresa nacional también reclama nuevas técnicas para lograr superación y progreso. Esto le permite al Estado socializante convertirse en el defensor de esos sectores en nombre de la justicia, justificando por esta vía una mayor intervención en la economía nacional. De esta manera, la omisión de una acción social fecunda y mantenida por parte de la iniciativa privada, abre el camino a la acción estatal. La intervención es un deber del Estado velando por el bien común. No lo ignoramos y defendemos este derecho, pero la intervención en manos de políticos que no tengan un sentido exacto de la dignidad y los derechos naturales inviolables de la persona humana, puede ser el arma mejor para ir desmontando por etapa el poder económico privado y dejar el campo abierto para asumir, en un movimiento posterior, el control de toda actividad personal. Este otro estilo es más peligroso por sutil. El México post-revolucionario es un ejemplo bien claro.

Cambio, sí; nueva concentración de poder económico, no

El nudo difícil que enfrentan la casi totalidad de las naciones latinoamericanas consiste en sustituir su actual estructura económica sin que sea el Estado quien se quede con el control de todo. Eso equivaldría a jubilar la libertad de este hemisferio. El cambio se impone por justicia y por la propia supervivencia de nuestras sociedades libres, pero paralelamente hay que ir creando otras estructuras nuevas que descentralizando la actual concentración de las riquezas, asuman y distribuyan ese poder económico en una forma tal que no vaya a parar a manos del Estado, pues esto sólo sería acercar el final. La multiplicación de sociedades económicas intermedias, como, por ejemplo, cooperativas, puede ser una fórmula. También pueden buscarse otras. Pero lo importante es que el poder que pierda la actual oligarquía no se desplace necesariamente hacia el Estado, porque entonces éste se convertiría en el gran oligarca y en "oligarca armado".

La gran misión reservada a los jóvenes cristianos, profesionales y técnicos, consiste en ayudar a crear esas nuevas estructuras de una sociedad más justa donde las oportunidades, culturales y económicas, estén al alcance de todos. Y el gran aporte de aquella parte del sector empresarial, que sabemos que está consciente de la peligrosa realidad que se vive, no es otro que ayudar a la progresiva creación de tales estructuras para que sean ellas, y no el Estado, quienes absorban un poder social que por razones históricas se les va cada día más de las manos. Esta es la actitud más inteligente porque la experiencia demuestra que la distribución del poder social es compatible con la supervivencia de ese sector y que éste desaparece cuando todo el poder social se concentra en manos del Estado-Amo.

Pero la gran tragedia está en saber si estos razonamientos son capaces de provocar actitudes y acciones fecundas, o si hay que pasar necesariamente por el estallido revolucionario donde la sociedad debe jugarse, a una sola carta, su destino final.